

EL PAPEL CULTURAL DE LAS CAÑADAS Y LOS PAISAJES DE DEHESA

Francisco Fuentes Casas

Licenciado Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla

I. INTRODUCCIÓN

Por las cañadas no han circulado sólo durante siglos millones de cabezas de un ganado variopinto (fundamentalmente ovino, pero también vacuno, porcino y de compañía: caballar, mular, mastines, etc.) y centenares de miles de ganaderos, sino también ideas, sentimientos, intereses y creencias que han originado una vasta cultura material y espiritual, continuamente móvil que en ocasiones se retrotrae a épocas prehistóricas y cuenta por tanto con miles de años aunque son, sin duda, los cinco siglos medievales y modernos (concretamente de 1273, fecha de la fundación de la Mesta por Alfonso X hasta 1836, fecha de su disolución por el régimen liberal) los que han legado por su proximidad a nosotros un importante patrimonio cultural tanto material como espiritual, así como en el mismo paisaje.

II. ESTADO ACTUAL DE LAS CAÑADAS

Generadas durante cientos, quizás miles de años por las pisadas de miles de ganaderos y de millones de cabezas de ganado (de compañía – mastines–, de carga –mular–, y puramente ganaderos –ovejas, cabras, cerdos, toros y vacas–), las cañadas constituyen hoy una vasta infraestructura viaria visible aún desde el cielo en fotografía aérea que longitudinalmente miden 125.000 kilómetros (quince veces más que la red ferroviaria) y si las medimos en unidades de superficie se aproximan a las 500.000 hectáreas, 5.000 kilómetros cuadrados, el 1% de la superficie nacional o si queremos la superficie de una provincia de tamaño medio como Alicante.

Su intrincado sistema jerárquico (cañadas, cordeles, veredas, etc.) se

introduce como por capilaridad en cuarenta de las provincias españolas, yendo acompañadas por un vistoso sistema de elementos auxiliares formados por obras de arquitectura o ingeniería que forman parte de un rico patrimonio (puentes, portazgos, contaderos, fuentes, abrevaderos, ranchos de esquila, chozos de pastores, ermitas, etc.) que sólo en los alrededores de Madrid da lugar a un conjunto como el que se observa en la figura 1.

Pero a pesar de la riqueza y variedad de este patrimonio único y a pesar también de que las cañadas constituyen suelo público y son, por tanto, inembargables, inalienables e imprescriptibles, las agresiones que han sufrido han sido verdaderamente traumáticas y han corrido a cargo tanto de particulares (que han instalado en sus márgenes desde prostíbulos hasta ventas de carreteras, desde chalets hasta incorporarlas a sus propiedades agrícolas sin poder esgrimir ningún título de propiedad) como de la misma administración (central, autonómica o local) que no sólo no castiga tales prácticas, sino que a veces la fomenta (organizando por ejemplo carreras de 4x4 sobre viejas cañadas) e incluso muchas veces es ella misma la que agrede, bien de una forma difusa o bien de una manera local.

Entre las agresiones difusas podemos mencionar la construcción sobre el sistema de cañadas de la red de carreteras, de autovías, ferroviarias e incluso últimamente del mismo A.V.E. que ha usurpado un trozo considerable de la Cañada Real Segoviana. Naturalmente la explicación está en que, al ser terreno público, no hace falta expropiarlo y, al no expropiarlo no hace falta pagar indemnizaciones con el consiguiente ahorro de dinero por parte del estado que ha construido también sobre el sistema de cañadas aeropuertos, basureros, pantanos como el de Riaño sobre la Cañada Real Leonesa o el de la Cuerda del Pozo sobre la Cañada Real Soriana, sin olvidar las concentraciones parcelarias que absorbieron igualmente un buen número de kilómetros cuadrados de estas vías.

Entre las agresiones más locales, territorialmente menos extensas pero quizás más impactantes, figuran la construcción por ENRESA en Nonvela (Toledo) de un centro de investigaciones radioactivas que, según declaraciones de la empresa, es para estudiar la fuga de radioisótopos en material granítico, aunque todos los indicios apuntan a que se está construyendo un cementerio nuclear.

III. FUNCIONES DE LAS CAÑADAS

Las cañadas son los tradicionales caminos pecuarios usados desde siempre por los ganaderos españoles que dos veces atravesaban la península, en sentido norte-sur a comienzos del invierno y sur-norte a comienzo del verano, transitando por la zona centro del país, en uno u otro sentido durante las estaciones intermedias de primavera y otoño.

El motivo de estos desplazamientos era aprovechar el distinto ritmo estacional, climático y vegetacional (que no era además el mismo de unos años para otros) de los prados y pastos españoles que brotan y se agostan en sentido contrario por lo que se complementaban muy bien en su función de alimentar a los ganados españoles (figura 2.1 y figura 2.2).

Estos, a comienzos del invierno, cuando el exceso de agua primero y de frío después (nieves y heladas), los expulsa de los prados de los pisos alpinos y subalpinos de las altas montañas del norte de España, inician su marcha hacia las cálidas dehesas de invernadas del sur peninsular donde los inviernos no muy fríos y unas lluvias aceptables producen pastos suficientes, capaces de alimentar no sólo a los ganados propios sino también a los venidos del norte de España.

En verano el exceso de calor provoca la vuelta del ganado hacia el norte. En él existe entonces el suficiente calor y la suficiente humedad (ambiental y edáfica) como para que broten altas hierbas que alimentan al ganado hasta que con la llegada del otoño, el frío y el agua expulse al ganado nuevamente hacia el sur.

Se cierra así un circuito cuyos polos son los invernaderos de las dehesas del sur y los agostaderos de los prados del norte. Como puede verse en la figura 3 y la figura 4, el gradiente que mueve tal circuito es el latitudinal (los 8° que hay entre el N. y el S. peninsular) y el altimétrico: los 100 ó 1500 m que salva el ganado entre las dehesas del sur, situadas a 500 m de altitud y los prados del N situados a 1500–2000 m de altitud.

IV. CONDICIONAMIENTOS GEOGRÁFICOS

Como puede verse en la figura 5, la disposición que adoptan las nueve cañadas es «grosso modo» norte-sur, mientras que la disposición de los

grandes accidentes geográficos españoles es este-oeste, ya sean orográficos (Cordillera Cantábrica, Sistema Central, Montes de Toledo, Sierra Morena, Béticas) o fluviales (Duero, Tajo, Guadiana y Guadalquivir). La consecuencia es la formación de un enrejado con cruces en ángulos rectos entre las cañadas y los mencionados accidentes geográficos que se convierten en otros tantos obstáculos a salvar, como puede verse en la figura 6.

IV.1. El relieve

Facilitaba a veces el tránsito de ganado, como en el caso del Corredor Intrabético. Pero corredores de esta magnitud hay muy pocos en España.

La función más normal del relieve era la de dificultar el tránsito ganadero, bien debido a su altura, o bien debido a la pendiente. Hay que recordar que todavía las aves de gran vuelo como la cigüeña salvan las montañas españolas sobrevolando por encima de los pasos más bajos de éstas. Con más razón lo hacen las aves de vuelos más bajos como las palomas. Esto lo saben bien los cazadores españoles que las esperan apostados en los collados más bajos. No hay ni que decir que en la Edad Media y Moderna, los ganaderos preferían cansar al ganado alargando el recorrido, rodeando una montaña, antes que extenuarlo sometiéndolo a una dificultad máxima consistente en atravesarla. Así por ejemplo, la Cañada Real Segoviana que salva el Sistema Central por el Puerto de Somosierra a 800 metros de altura, lanza antes de llegar a este puerto un ramal occidental por tierras de Ávila que era seguido, aun a costa de alargar el camino, por todos aquellos ganaderos que no querían doblar dicho puerto.

En cualquier caso, tarde o temprano el obstáculo representado por la orografía había que salvarlo y así nos lo indican la toponimia y muchos mapas antiguos donde vemos, por ejemplo, puertos como el del Reventón, en los modestos Montes de Toledo. Su nombre hace alusión a la dificultad que podía representar la pendiente aun cuando la altura de la montaña no fuera mucha. Pero había también puertos más ligeros como el Puertecillo de la Sierra o Puerto Bajero cuyas toponimias evidencian un menor grado de dificultad.

A pesar de todo ello no debemos pensar que la disposición de las cañadas era siempre orográficamente racional. Muchas veces se desviaban

de lo que sería su ruta lógica por razones fiscales (facilitar el cobro de impuestos), militares (inseguridad bélica) o por mandatos de la Mesta que de la misma forma que beneficiaba a los ganaderos imponiendo los derechos de paso y de pasto que tanto conflictos crearon con los agricultores, prohibía a los ganaderos introducir su ganado por las cinco cosas vedadas: tierras de vid, prados de siembra, ... De la misma forma, muchas veces la Mesta prohibía el paso de ganado por ciudades que estuvieran en feria con tal de evitar que los pastores entraran en contacto con representantes del mundo del alcohol, la prostitución o la delincuencia. Tal prohibición no obedecía ni mucho menos a razones morales sino simplemente a la creencia de que el ganado podía estar peor guardado si el pastor se distraía.

IV.2. Los ríos

Facilitaban a veces, al igual que el relieve, el tránsito ganadero y así lo evidencia la toponimia que nos describe cómo una cañada o un cordel circulaban «arroyo arriba» o «arroyo abajo», «por la izquierda de un río» o «por la derecha».

Pero al igual que el relieve, su papel era el de formar barreras debido a la disposición Este-Oeste que adoptan todos los grandes colectores españoles. Atravesarlos, además de una dificultad, implicaba un riesgo debido a que sus crecidas tenían lugar siempre en primavera y otoño, época de precipitaciones máximas en la península y de trasvases ganaderos entre el norte y el sur peninsular o viceversa.

Para atravesarlos había pontones y almadías aunque lo más cómodo era usar los puentes, muy escasos y lo usual era vadearlos. Puentes había pocos, el Romano de Salamanca sobre el Tormes, el Medieval de Tordesillas sobre el Duero, los cacereños de Alcántara y del Obispo (Monfragüe) sobre el Tajo o el mítico Puente de las Ovejas en Alcolea de Calatrava (Ciudad Real) sobre el Guadiana. Hacia ellos confluían los caminos ganaderos como puede verse en la figura 7 y figura 8 y también la voracidad del fisco real que sacaba una suculenta tajada de tales concentraciones ganaderas.

Pero como decimos, lo normal era vadearlos. Para ello se seguía el instinto de los animales que atraviesan siempre el río por los sitios menos

profundos. En esto quizás, los animales mesteños seguían los caminos trazados por los animales salvajes que fueron tal vez los que marcaron la pauta. Hay que recordar, aunque sea fuera de nuestras latitudes, que todavía hoy, un buen nadador como el oso polar atraviesa siempre los ríos por las zonas menos profundas.

V. FACTORES HISTÓRICOS

Generadas, según Joaquín Costa, en la más remota Prehistoria y a tenor quizás de las pautas marcadas por los mismos animales salvajes (aunque no hay que descartar tampoco la perspicacia de los pueblos ibéricos prerromanos que debieron captar ya, si no las alternancias climáticas y vegetacionales que se daban entre el Norte y el Sur peninsular (pues carecían todavía de una visión unitaria del país), sí las que se daban entre valles y montañas próximos), las cañadas, reciben un cierto impulso con las «calles pastorum» de los romanos (interesados sobre todo en la cabaña caballar, base de su ejército) y de los dos pueblos nómadas o seminómadas que nos invaden después: visigodos y árabes. El impulso que les darán los primeros será, no obstante, superior al que reciban de los segundos.

Pero habrá que esperar al comienzo de la baja Edad Media para que, una mayor estabilidad política, la suerte de las armas (que comienza a inclinarse a favor de los cristianos) y el estadio cultural alcanzado, permitan el desarrollo de un estado, el castellano, lo suficientemente maduro como para ser capaz de regular mediante leyes, reglamentos, policía, ejércitos, funcionarios y contables todos los aspectos técnicos, jurídicos, humanos y materiales que hacían falta movilizar para poner en marcha una actividad tan compleja como la trashumancia de radio largo y amplia duración.

Durante los cinco siglos que van desde 1273, que es cuando Alfonso X crea (después de dos intentos fallidos en 1252 y 1269) la Mesta, hasta que en 1836 la disuelve el Régimen Liberal, la Mesta, la trashumancia y las cañadas, han sido, junto con la Inquisición, los grandes articuladores tanto de la nación como del Estado español en la medida que han contribuido a unir tanto a los hombres como a soldar las tierras del país.

VI. LAS CAÑADAS COMO ARTICULADORES DEL TERRITORIO NACIONAL DESDE EL PUNTO DE VISTA ECOLÓGICO, ECONÓMICO, POLÍTICO-MILITAR, CULTURAL Y PAISAJÍSTICO

Ecológicamente las cañadas han funcionado como auténticos corredores (verdes, diríamos hoy) naturales por donde se han desplazado libremente la flora y fauna del país durante siglos, hasta que al llegar al actual, la masiva construcción de carreteras y vías férreas han entorpecido, cuando no anulado, dicho tránsito debido al sistema de taludes y trincheras que dichas obras públicas llevan asociados.

Económicamente las cañadas no han sido sólo las vías por las que se ha desplazado físicamente el ganado durante siglos. Los pastos asociados a sus márgenes (que tienen por cierto una estructura ecológica muy parecida a la de la dehesa) como se ve en la figura 9, le daban de comer durante su desplazamiento y contribuían por tanto a sostener a la cabaña ganadera, especialmente ovina, que fue durante siglos uno de los pilares económicos castellanos.

Desde el punto de vista político-militar las cañadas han jugado un papel de primer orden en la historia española como lo ponen de manifiesto, las fortalezas, castillos y monasterios que las jalonan y que no respondían sólo al deseo militar de avanzar hacia el sur sino también a la necesidad económica de defender al ganado.

De esta forma, los castillos, los monasterios y las cañadas que hoy adornan el paisaje de una España ya ida nos muestran las tres actuaciones sobre las que se basó La Reconquista: la militar, la evangelizadora y la trashumante, o si queremos, la política, la religiosa y la económica.

Culturalmente no hay que olvidar que por las cañadas han transitado, no sólo hombres y ganado, sino también ideas, sentimientos, intereses y creencias, que han originado una vasta cultura material y espiritual que ha engendrado una serie de usos y costumbres, mentalidades y creencias, gastronomía y otras muchas manifestaciones que en su forma pura han llegado hasta mediados del siglo XX y, en forma más debilitada hasta nuestros días. Ello ha sido posible porque, por una parte, atesoraban un rico caudal etnográfico y antropológico que las ha hecho funcionar como un subsistema

con entidad propia dentro del sistema cultural más amplio de una nación mayoritariamente urbanizada e industrializada. Y, por otra parte, ha subsistido porque dicho subsistema era sostenido por un grupo humano (pero también social y económico): el de los pastores trashumantes. Un grupo cerrado y endogámico que, en la medida que le vuelve la espalda a los demás, se abre al ganado que es el que informa buena parte de sus formas de ser y de existir, de pensar y sentir, divertirse y trabajar y hasta de sus mismos ciclos reproductivos que han estado y están perfectamente adaptados a los de la marcha del ganado.

Las principales manifestaciones de esta cultura serían las siguientes:

Desde el punto de vista folclórico, las dehesas del sur peninsular han funcionado como un auténtico crisol en el que se compartían la misma vocación ganadera, cañadas y problemas pero cuyas manifestaciones folclóricas diferían, especialmente los cantes y los bailes. Estos se mezclaron durante siglos, de una forma profunda y afectiva, durante seis meses al año (precisamente los de invierno, que son los que más fomentan un trato estrecho). Con el contacto, muchas de estas manifestaciones perdieron sus perfiles originales aunque, a cambio de transmutarse se salvaron al incorporarse al sistema cultural más amplio de las cañadas que difundía luego las nuevas creaciones por todo el país. Por eso hoy es muy difícil delimitar con precisión los perfiles originales de un villancico o de una jota bailada, siendo muchas las regiones o localidades que se atribuyen la autoría de un baile o una canción cuyo origen es la mezcla y la yuxtaposición.

Léxicamente la misma hibridación ha debido producirse entre términos y giros de distinta procedencia geográfica que han acabado por unirse hasta formar una jerga arcaica, perfectamente adaptada a la realidad (botánica, faunística y geográfica) que trata de describir y que ha sido bien analizado en un precioso libro titulado «Castilla Merinera».

Mentalidades y creencias. En ellas se observan los mismos préstamos culturales que en el folklore o el léxico. Se adivinan, sobre todo, a través de la religión y de la magia.

Religiosamente existe una gran devoción en Zafra (Badajoz), hacia N.^a S.^a de Valvanera, patrona de La Rioja, pues las dehesas de este pueblo extremeño fueron durante siglos los pastos de engorde de los ganados riojanos.

Igualmente las ferias de localidades del sur como Badajoz o Sevilla están dedicadas a santos cuya onomástica se celebra en solsticios (como el de verano, San Juan, patrono de Badajoz) o San Miguel, en otoño (al cual está dedicada la segunda feria ganadera de Sevilla) que eran las fechas en las que se desplazaba el ganado. Respecto a la magia era costumbre por ejemplo proteger al ganado (llevando en el rebaño a una cabra negra), al chozo (haciendo una cruz de sal encima de su puerta) o al mismo pastor (introduciéndole en el zurrón una piedra del rayo contra las tormentas).

Cosmovisión. La medida del tiempo de los pastores trashumantes es distinta de la que marcan las campanas aldeanas que organizan la vida y las actividades de los agricultores en función de las creencias religiosas de las iglesias que marcan sus distintos actos, comenzando por las misas o periodiza el día mediante el toque de alba, tercia, nona, ángelus, etc. Pero es también un tiempo distinto al que marcan los relojes burgueses de las ciudades que organizan la vida de los ciudadanos en función de la eficacia, la puntualidad y la racionalidad.

Unos y otros (campesinos y ciudadanos) coinciden en que aceptan una división del tiempo que en parte les viene impuesta desde culturas ajenas como es la semana (judía) o el mes (romano).

La peculiaridad de los desplazamientos trashumantes impedirá a los pastores servirse de las divisiones horarias anteriormente expuestas pues tiene que buscar la complementariedad entre los pastos del sur y los pastos del norte cuya aparición, ritmo y evolución varían además de unos años a otros. Por eso no pueden tener en cuenta relojes o campanas y han de estar mucho más pendientes de los ciclos naturales, movimientos del sol, fases de la luna, cambios climáticos, signos silvestres (cantos, silbidos) y otros hitos que en cierta forma asemejan la vida del pastor trahumante más a la del marinero que a la del agricultor. Por lo que respecta al espacio, la forma de vida de agricultor, estática y fija, lo fija a un terreno del que trata de obtener siempre algo. En cambio, la forma de vida del pastor trashumante, dinámica y móvil, lo vincula menos a un espacio en concreto, abandonando éste en cuanto deja de brindarle beneficios. El espacio es para el pastor trashumante, un vector sobre el que se desplaza. Para el agricultor un lugar de asentamiento en el que se enraíza. De ahí el mayor conservadurismo de las sociedades agrarias respecto de las ganaderas móviles.

Ciclos Festivos. De todos ellos es en los carnavales donde mejor se

aprecia la influencia ganadera. Así por ejemplo, muchas máscaras reproducen caras de animales e igualmente, un gran número de vestidos se confeccionan a base de cueros de ovejas y cabras. No es extraño tampoco que los utensilios sean típicamente ganaderos como por ejemplo las esquilas y cercos. Derivados de este último término han servido para nombrar costumbres como las cercerradas que sancionan un acto no ilegal pero mal visto: las segundas nupcias de un viudo a cuyas puertas se congrega la población la noche de boda «amenizándole» dicha noche con el toque de cerco.

VII. LOS PAISAJES DE DEHESA

Cromáticamente, existe un contraste muy fuerte entre los tonos pardos de la dehesa (más verdosos en primavera e invierno) y el verde siempre fresco (blanco en invierno por la nieve) de las montañas del norte de España. Pero ecológicamente existe una complementariedad muy grande entre los pastos y los prados del norte y sur peninsular que se han mantenido en parte actuando de soporte ganadero de sus antagonicos.

Históricamente, castillos, conventos y cañadas son los tres principales elementos fósiles de una España ya ida, que sucumbieron al desaparecer la causa histórica que los engendró: la reconquista. Esta fue también la que dio lugar a los paisajes de dehesa, que han llegado completamente vivos a nuestros días aunque lógicamente transformándose para poder adaptarse a las nuevas realidades, sobre todo económicas, surgidas en los últimos siglos.

Y si desde el punto de vista temporal los paisajes de dehesa son producto de la mezcla que se establece entre la herencia del pasado y las necesidades del presente, desde un punto de vista geográfico, estos paisajes son producto de la relación entre su trasfondo ecológico y la actividad económica en ellos desarrollada.

Desde el punto de vista del paisaje construido, edificado y viario, dicha actividad queda reflejada en aquel a través de una serie de elementos tales como majadas, casas, chozos, rediles, veredas o paredes de piedra que son tanto productos de una cultura material de base esencialmente pastoril como elementos de este tipo de paisaje construido.

Junto a él late otro tipo de paisaje, el natural antropizado, formado por un bosque de quercinias aclarado, matorrales controlados, pastos ganaderos, suaves cerrillos y ligeras vaguadas.

De la mezcla de ambos surge uno de los paisajes más singulares de la península. Como todos, es producto de la relación hombre–naturaleza, aunque para explicarlos haremos intervenir también a la historia, pues el momento en que se establece (o se acentúa) la relación hombre–naturaleza, es tan importante como la relación en sí misma.

Seis factores (tres históricos y tres naturales) son los que más han intervenido en la génesis de los paisajes de dehesas.

De los tres históricos, el primero que enumeramos es La Reconquista, el lento avance hacia el sur de las monarquías cristianas norteñas. Dicho avance va a alterar la tradicional división del terrazgo hispano entre un «*ager*» agrícola, un «*saltus*» ganadero y una «*silva*» forestal en sentido muy favorable para el «*saltus*» ganadero y desfavorable para el «*ager*» agrícola y la «*silva*» forestal de bosque mediterráneo que resultará aclarado (originando la dehesa) para dar de comer con los pastos, producto de su aclarado, a la copiosa cabaña ganadera castellana.

Habría que citar como segundo factor histórico la opción económica por la que se ha inclinado este reino: la ganadería trashumante.

Y en tercer lugar, habría que citar a una sociedad de tipo estamental, que consolida la gran propiedad que será después la base jurídica sobre la que descansará la dehesa que, económicamente hoy sabemos que sólo es viable a partir de una extensión mínima relativamente grande.

Ello es debido precisamente a los tres factores o más bien limitaciones naturales que enumeramos: 1) la sequía de verano, que es propia de todo el ámbito mediterráneo, 2) la pobreza de los suelos, que es una limitación privativa sólo del occidente ibérico, asentado sobre el viejo sustrato paleozoico de la meseta. Él es la base litológica de las dehesas españolas, 3) la lentitud con la que crecen los *quercus*, no porque sean árboles «perezosos» sino porque se adaptan perfectamente, mediante un triple mecanismo (el de su sistema radical, corteza y tipo de hoja), a las limitaciones físicas señaladas en primer y segundo lugar.

Pero la dehesa no es el producto mecánico y ciego que surge de combinar los seis factores mencionados. Entre todos ellos, hay que situar como factor determinante la iniciativa humana, el trabajo del hombre, la labor del viejo campesino del occidente ibérico que ha sabido adaptarse sacándole provecho, a un medio no muy rico y a unos ecosistemas bastante inestables que han llegado hasta nosotros en un estado de conservación relativamente aceptables, flotando actualmente en el ambiente la duda de cómo administraremos tal legado natural y, sobre todo, como transmitiremos en un futuro dicho patrimonio a las generaciones venideras, pues hay que recordar que el patrimonio es todo lo que nos han legado nuestros mayores. En este sentido no existe sólo un patrimonio histórico, arqueológico o documental, sino también industrial o natural.

Por eso, si el patrimonio natural de las dehesas y sus paisajes han llegado hasta nosotros, ha sido porque desde un principio nuestros antepasados renunciaron a una explotación intensiva del bosque mediterráneo para no agotar sus riquezas y permitir su recuperación ecológica.

Se inclinaron más bien por su explotación óptima, por extraer de él sólo lo justo, lo necesario para vivir, deteniéndose la explotación en el nivel de aclareo, del adhesado, para no agotar su riqueza ni provocar su muerte ecológica.

De alguna manera es como si nuestros antepasados se hubieran dado cuenta, aunque de una forma precientífica, de que su suerte estaba ligada a la del mantenimiento del bosque mediterráneo, a cuya explotación intensiva renuncian para poder mantenerlo mucho tiempo.

De forma más científica, hoy podemos corroborar esta postura, pues sabemos que la encina es la (delgada) línea que nos separa de la aridez, pues en estas latitudes la encina no es un producto del suelo sino éste un producto de aquella. Y sin suelo, sin suelo agrícola, no habría tapiz vegetal y el desierto, o cuando menos la aridez, se habrían instalado entre nosotros.

Por eso la encina y los dos animales que esta lleva asociados, la oveja antes y el cerdo actualmente, representan para nosotros algo así como la foca para los esquimales o lo que fue el bisonte para los indios de las praderas norteamericanas: unos seres con los que se establecen unas relaciones armoniosas y duraderas. Una buena armonía entre hombre y naturaleza, entre economía y ecología, entre estabilidad y productividad, un equili-

brio, en fin, que hoy pasa por paradigmático para las agriculturas más intensivas y ecológicamente más agresivas de los países desarrollados.

Para alcanzar este equilibrio, las respuestas que nuestros antepasados dieron a los problemas que tenían planteados no debieron ser nunca taxativas y rotundas, pues la situación histórica de reconquistas debía ser tan compleja, el instrumental técnico tan incipiente, los conocimientos teóricos tan escasos y los problemas del medio de tanta envergadura que en el transcurso de los siglos, obligaron a este hombre a dar respuestas lentas, a veces inconscientes, de poca envergadura y, sobre todo, inconexas en la medida que no obedecían a ningún plan determinado. Podían ser, por ejemplo, el desvío de un arroyo para luchar contra la sequía, la reparación pormenorizada de una valla, para luchar contra la erosión, el cuidado de un animal, la plantación de un árbol u otra serie de ensayos que con sus aciertos y errores, acabaron uniéndose por sus beneficios mutuos y adquirieron una finalidad y un sentido, pues originaron la dehesa: un agrobiosistema perfectamente adaptado a sus condiciones históricas, naturales y humanas.

Los paisajes de dehesa, armoniosos y simples, primitivos y plácidos, reflejan la lentitud y suavidad de los procesos históricos y naturales que los han engendrado que han sido encauzados por el hombre que ha sabido relacionar, dentro de lo que ello es posible, procesos geológicos como la erosión con fenómenos climáticos como la sequía, procesos históricos como la trashumancia con fenómenos sociales como las luchas campesinas. Todos ellos, una vez trenzados por el hombre, han dado lugar a lo que los ecólogos denominan un paisaje de histéresis, un paisaje en el que laten acompasadamente procesos y fenómenos que, aunque de naturaleza distinta y ritmos diferentes, parecen a veces cabalgar a la vez.

El delicado equilibrio conseguido gracias a esta sutil búsqueda de las equidistancias es lo que proporciona a los paisajes de dehesa una armonía escénica cuyas notas esenciales serían las siguientes:

- Desde el punto de vista fisionómico se trata de un paisaje regular pero no ordenado. Un paisaje que tiene más de parque inglés que de jardín francés, que está más cerca de la naturaleza que del hombre.
- Desde el punto de vista ecológico es un paisaje modificado pero no sustancialmente alterado. Contiene magníficas huellas del original bosque

esclerótico mediterráneo del cual procede pero lógicamente no es un paisaje totalmente salvaje y silvestre. Tiene un punto intermedio de rusticidad que lo acerca más a la naturaleza de lo que lo está por ejemplo un olivar, donde el árbol que lo integra está genéticamente mucho más alejado del acebuche originario que la encina de la carrasca, conservándose además en la dehesa buena parte de la pradera original.

– Desde el punto de vista de los aprovechamientos es un paisaje diverso porque tiene de todo: agricultura, ganadería y silvicultura, aunque con un predominio de la ganadería que ha proporcionado con sus carnes al hombre de la dehesa una rica alimentación a base de proteínas.

– Desde el punto de vista de la escala es un paisaje amplio pero que no abrumba por sus dimensiones, como otros paisajes ganaderos como por ejemplo la Pampa argentina.

– Desde el punto de vista humano está arbolado pero es transitable, pues para eso es un bosque aclarado. Está hecho a la medida del hombre pero también es cierto que por sus dimensiones está, y sobre todo ha estado, fuera del alcance de la mayoría que por una parte se sentía muy ligado a la dehesa, a sus paisajes y a su cultura, por haber impregnado ésta sus vidas y satisfecho, mal que bien, sus necesidades materiales. Pero por otra parte la veían como un auténtico infierno laboral y como un bien inalcanzable reservado sólo a los señores. De ahí el fuerte tono antisocial que ha tenido siempre la dehesa.

– Finalmente es un paisaje canónico. Un paisaje que aúna utilidad y belleza. La utilidad podríamos simbolizar en el cerdo y la belleza en el verso que dedicó Machado a las encinas.

BIBLIOGRAFÍA

ADENAT, 1993. En defensa de las vías pecuarias.

CIPOLLA, 1982. Historia económica de la población mundial. Ed. Crítica.

DE LA VEGA, 1994. La sierra: historia y tradiciones. Ed. Diputación provincial de Huelva.

FLORES DEL MANZANO, 1993. Andar por las cañadas reales. Ed. Penthalon.

GARCÍA, 1982. La Mesta. Ed. Historia-16.

INICIATIVA LEADER, 1998. El cerdo ibérico. Ed. Parque natural de Aracena y Picos de Aroche.

MARTÍN. Por los caminos de la trashumancia. Junta de Castilla y León.

PARRA, 1990. La dehesa y el olivar. Ed. Debate.

PORRAS Y COL., 1997. Sistemas agrarios d dehesas. Conserjería de agricultura y pesca de la Junta de Andalucía.

RUIZ MARTÍN, GARCÍA SÁIZ. Mesta, trashumancia y lana en la España moderna. Ed. Crítica.

SÁENZ RIDRUEJO, GARCÍA MARTÍN, GARCÍA SÁIZ. Las rutas de la Mesta. Ed. Cuadernos de Cauce.

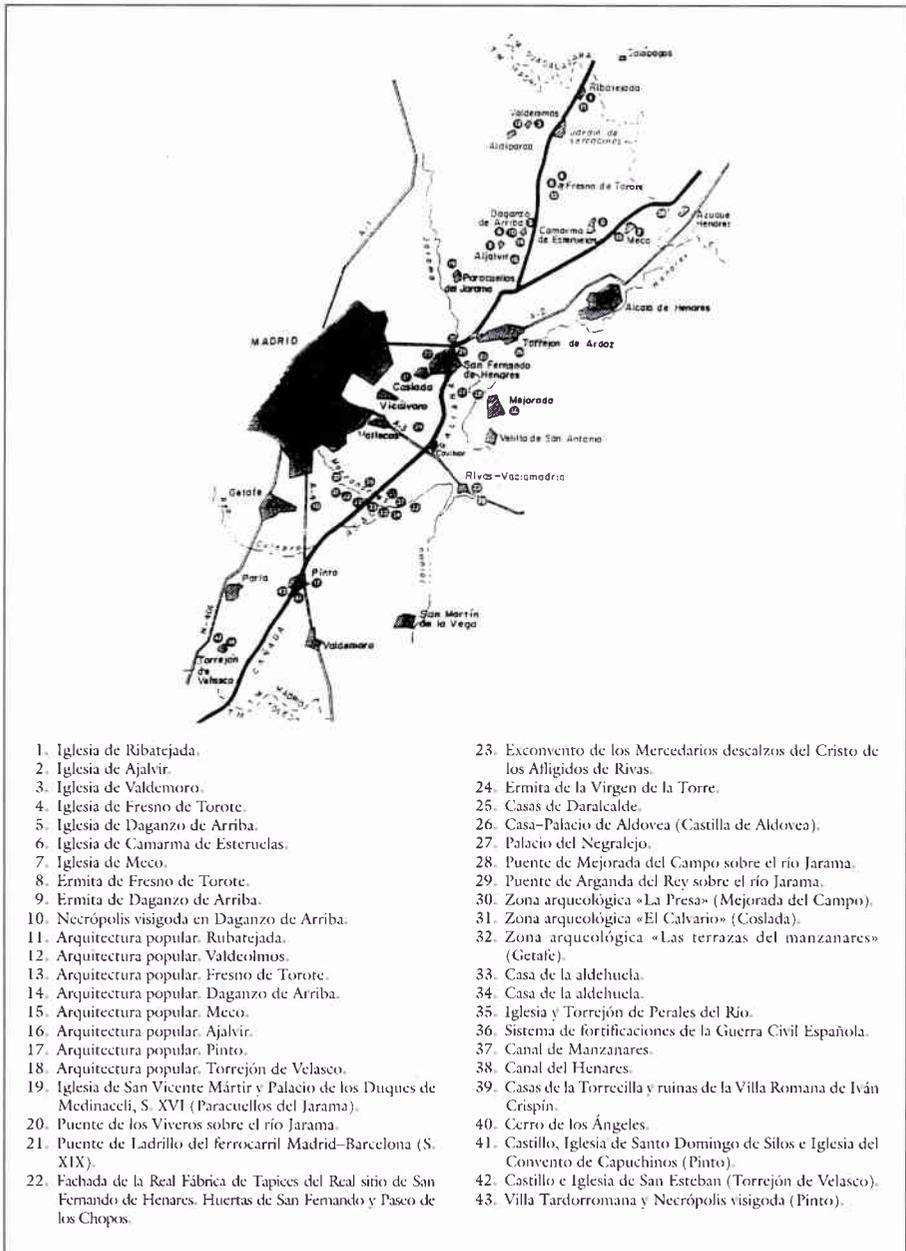


Figura 1.

Patrimonio histórico-artístico y popular del entorno de la Cañada Real Galiana de las Merinas; tomada de «En defensa de las vías pecuarias».

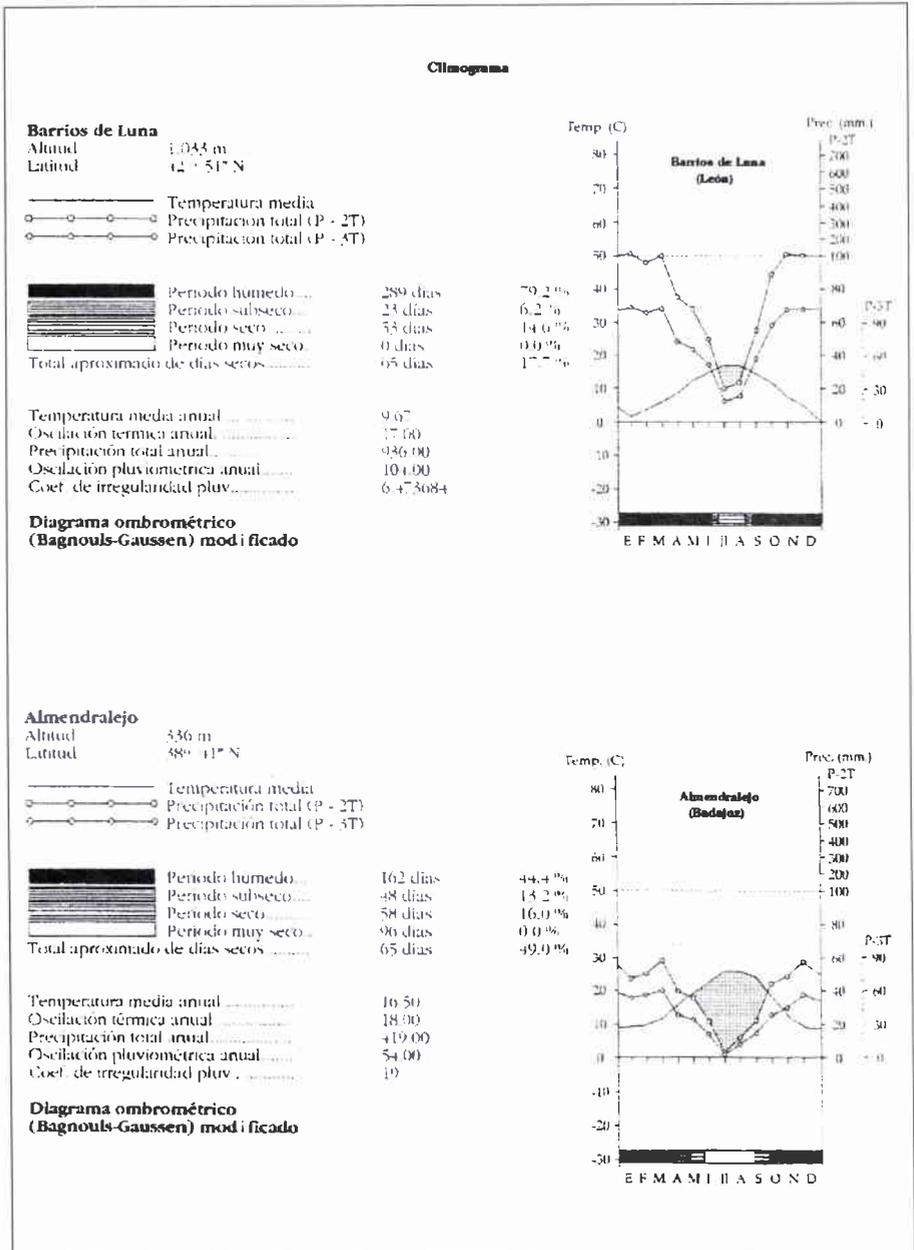


Figura 2.1.
Contrastes climáticos en zonas extremas de la Cañada Occidental Leonesa; tomada de «Por los caminos de la trashumancia».

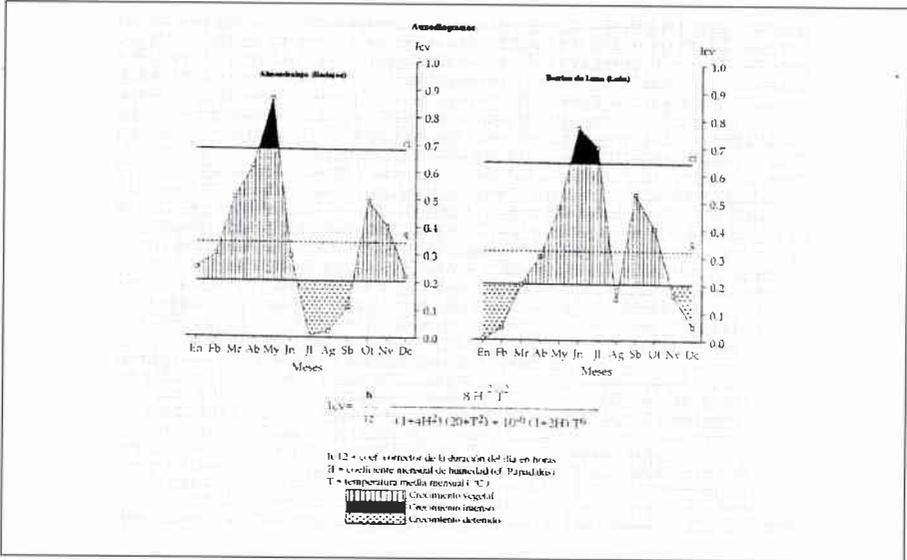


Figura 2.

Contrastes climáticos en zonas extremas de la Cañada Occidental Leonesa; tomada de «Por los caminos de la trashumancia».

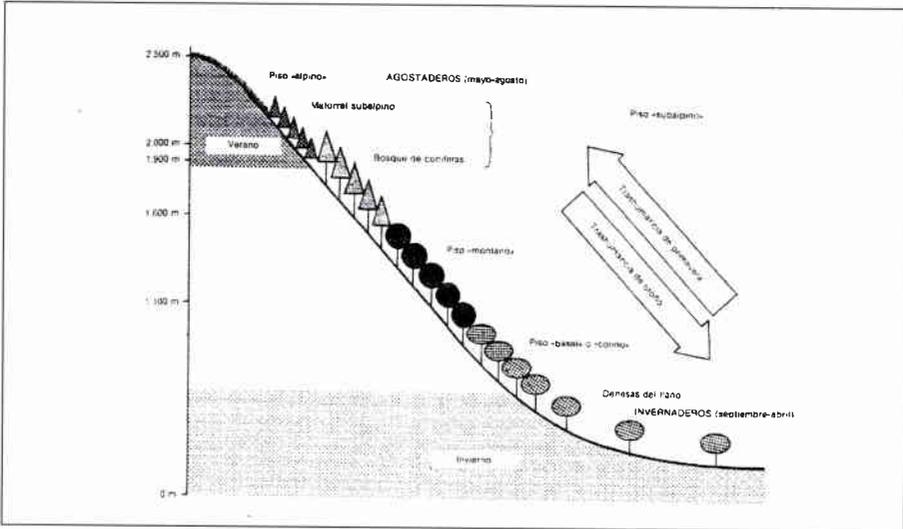


Figura 3.

La trashumancia es un sistema de migración del ganado a través de un gradiente, el de los pisos de vegetación, entre sus dos «extremos»: los agostaderos de las cumbres, en el piso alpino y subalpino, y los invernaderos del llano: las dehesas; tomada de «La dehesa y el olivar».

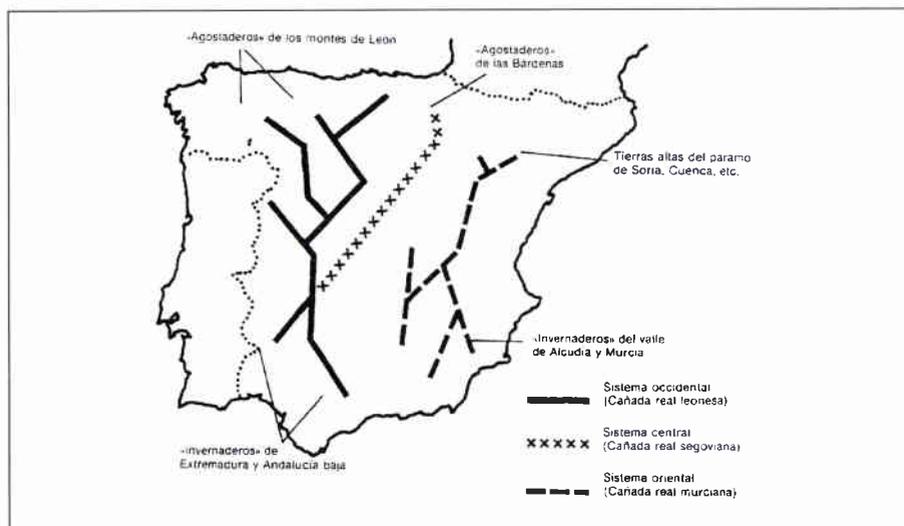


Figura 4.

Mapa de las rutas trashumantes (vías pecuarias) de la Península Ibérica con los tres principales grandes sistemas de cañadas que conectaban las sierras y pastos de altura con las dehesas de los llanos y valles; tomada de «La dehesa y el olivar».

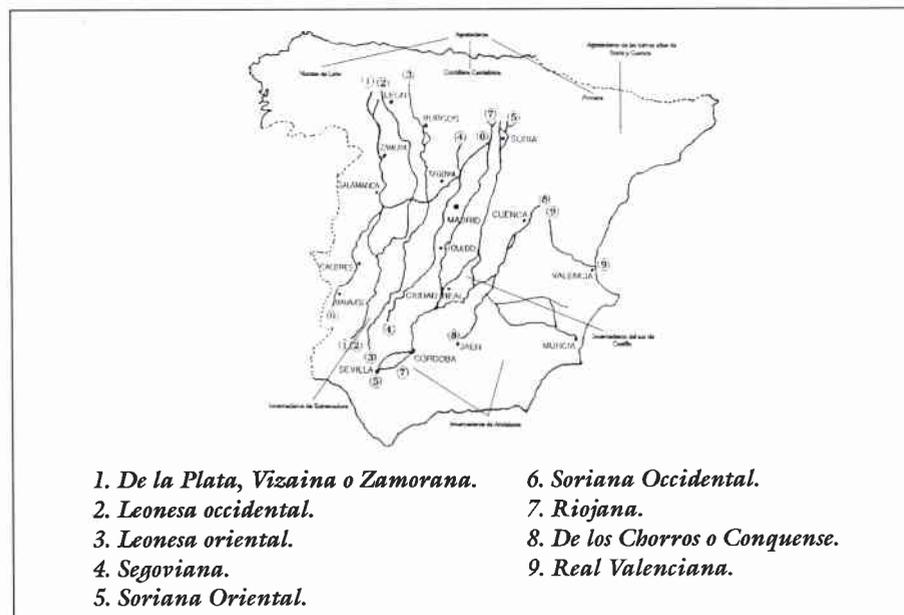


Figura 5.

Mapa de las Cañadas Reales; tomada de «Las rutas de la Mesta» (modificado).

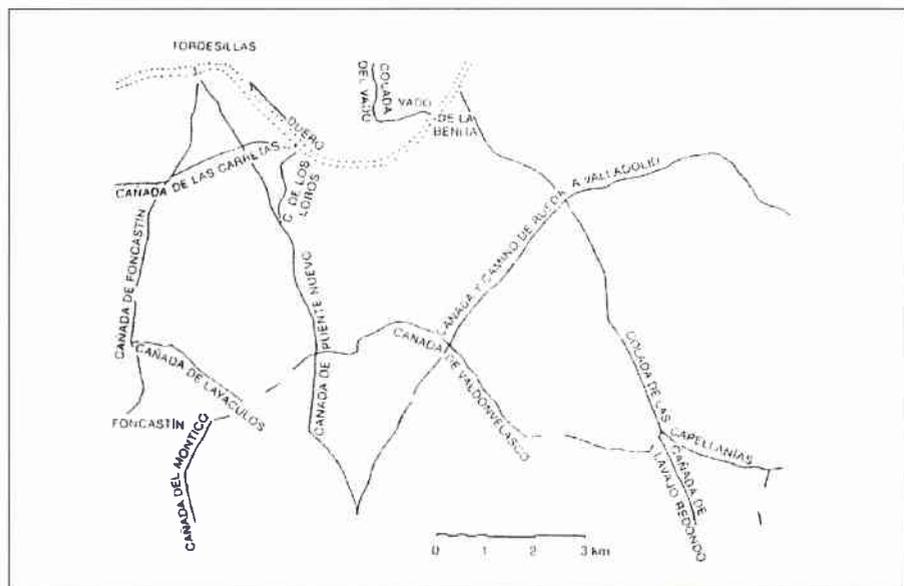


Figura 8.
Confluencia de las vías pecuarias hacia Tordesillas y los vados; tomada de «Mesta, trashumancia y lana en la España moderna».

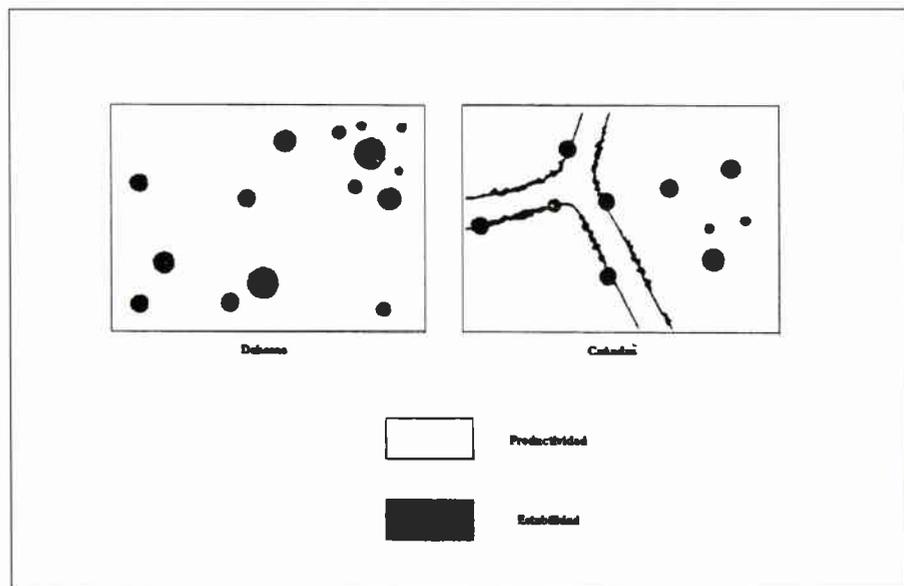


Figura 9.
Distribución de los pastos a los márgenes de las cañadas; tomada de «La dehesa y el olivar».